

XXIII domingo Tiempo Ordinario

- **Is 35, 4-7a.** Los oídos de los sordos se abrirán, y cantará la lengua del mudo.
- **Sal 145.** Alaba, alma mía, al Señor.
- **Sant 2, 1-5.** ¿Acaso no eligió Dios a los pobres como herederos del Reino?
- **Mc 7, 31-37.** Hace oír a los sordos y hablar a los mudos.

1. Desde la Palabra de Dios

San Marcos nos narra un milagro que Jesús hace en “el extranjero”, en tierra extraña para el Pueblo de Israel, en tierra de paganos.

El destinatario del milagro es un «sordo, que, además, apenas podía hablar», es decir, alguien que no es capaz ni de escuchar la Palabra de Jesús, ni mucho menos, de anunciarla a los demás.

Los discípulos le piden que haga un signo muy judío, que le impusiera las manos —mucho más *higiénico*, por otra parte, que lo que Jesús va a hacer—.

Pero Jesús va más allá, comparte cera de los oídos, saliva... Eso es la encarnación: si carga con lo más inmundo, que son nuestros pecados, cómo no va a tocar nuestros oídos, para que se abran a la Palabra, y nuestros labios, para que la proclamen. Y junto al gesto, la palabra, sólo una: «*effetá*», *ábrete*.

Esta palabra también se repite en el ritual del bautismo, cuando se ora sobre el neófito para que la Palabra de Dios sea su guía y su compañía. Jesús es la Palabra hecha carne y sigue acompañando el devenir de la Iglesia para que escuche la Palabra de Dios y la ponga por obra.

Curiosamente, una vez más, aun habiendo liberado la lengua de aquel sordomudo, Jesús sigue pidiendo que no lo cuenten a nadie. Es necesario completar la Revelación con la Pascua para narrar el mensaje completo: Jesús no es un hombre que hace milagros, sino que es el Salvador que ha dado la vida en rescate por todos.

El texto concluye con una referencia velada al libro del Génesis. Como el Padre, al terminar de crear el mundo, vio que “todo lo ha hecho bien”, el Hijo nos va introduciendo en la Nueva Creación, que culminará con su muerte y resurrección en Jerusalén, pero para entrar en ella, hemos de tener los oídos abiertos y los labios dispuestos para contar y cantar las maravillas del Señor.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (cf. *Marcos* 7, 31-37) se refiere al episodio de la sanación milagrosa de un sordomudo, realizada por Jesús. Le llevaron a un sordomudo, pidiéndole que le impusiera la mano. Él, sin embargo, realiza sobre él diferentes gestos: antes de todo lo apartó lejos de la multitud. En esta ocasión, como en otras, Jesús actúa siempre con discreción. No quiere impresionar a la gente, Él no busca popularidad o éxito, sino que desea solamente hacer el bien a las personas. Con esta actitud, Él nos enseña que el bien se realiza sin clamores, sin ostentación, sin «hacer sonar la trompeta». Se realiza en silencio.

Cuando se encontró apartado, Jesús puso los dedos en las orejas del sordomudo y con la saliva le tocó la lengua. Esto recuerda a la Encarnación. El Hijo de Dios es un hombre insertado en la realidad humana: se ha hecho hombre, por tanto puede comprender la condición penosa de otro hombre e interviene con un gesto en el cual está implicada su propia humanidad. Al mismo tiempo, Jesús quiere hacer entender que el milagro sucede por motivo de su unión con el Padre: por esto, levantó la mirada al cielo. Después emitió un suspiro y pronunció la palabra resolutiva: «Effatá», que significa «Ábrete». Y en seguida el hombre fue sanado: se le abrieron los oídos, se soltó la atadura de su lengua. La sanación fue para él una «apertura» a los demás y al mundo.

Este pasaje del Evangelio subraya la exigencia de una doble sanación. Sobre todo la sanación de la enfermedad y del sufrimiento físico, para restituir la salud del cuerpo; incluso esta finalidad no es completamente alcanzable en el horizonte terreno, a pesar de tantos esfuerzos de la ciencia y de la medicina. Pero hay una segunda sanación, quizá más difícil, y es la sanación del miedo. La sanación del miedo que nos empuja a marginar al enfermo, a marginar al que sufre, al discapacitado. Y hay muchos modos de marginar, también con una pseudo piedad o con la eliminación del problema; nos quedamos sordos y mudos delante de los dolores de las personas marcadas por la enfermedad, angustias y dificultades. Demasiadas veces el enfermo y el que sufre se convierten en un problema, mientras que deberían ser ocasión para manifestar la preocupación y la solidaridad de una sociedad en lo relacionado con los más débiles.

Jesús nos ha desvelado el secreto de un milagro que podemos repetir también nosotros, convirtiéndonos en protagonistas del «Effatá», de esa palabra «Ábrete» con la cual Él dio de nuevo la palabra y el oído al sordomudo. Se trata de abrirnos a las necesidades de nuestros hermanos que sufren y necesitan ayuda, escapando del egoísmo y la cerrazón del corazón. Es precisamente el corazón, es decir el núcleo profundo de la persona, lo que Jesús ha venido a «abrir», a liberar, para hacernos capaces

de vivir plenamente la relación con Dios y con los demás. Él se hizo hombre para que el hombre, que se ha vuelto interiormente sordo y mudo por el pecado, pueda escuchar la voz de Dios, la voz del Amor que habla a su corazón, y así aprenda a hablar a su vez el lenguaje del amor, traduciéndolo en gestos de generosidad y de donación de sí.

Que María, Aquella que se ha «abierto» totalmente al amor del Señor, nos conceda experimentar cada día, en la fe, el milagro del «Effatá», para vivir en comunión con Dios y con los hermanos.

(Papa Francisco. Angelus, 09/09/2018)

3. Desde el fondo del alma

Abre mis oídos, Señor, para que pueda oír tu palabra, obedecer tu voluntad y cumplir tu ley. Hazme prestar atención a tu voz, estar a tono con tu acento, para que pueda reconocer al instante tus mensajes de amor en medio de la selva de ruidos que rodea mi vida.

Abre mis oídos para que oigan tu palabra, tus escrituras, tu revelación en voz y sonido a la humanidad y a mí. Haz que yo ame la lectura de la escritura santa, me alegre de oír su sonido y disfrute con su repetición. Que sea música en mis oídos, descanso en mi mente y alegría en mi corazón. Que despierte en mí el eco instantáneo de la familiaridad, el recuerdo, la amistad. Que descubra yo nuevos sentidos en ella cada vez que la lea, porque tu voz es nueva y tu mensaje acaba de salir de tus labios. Que tu palabra sea revelación para mí, que sea fuerza y alegría en mi peregrinar por la vida. Dame oídos para captar, escuchar, entender. Hazme estar siempre atento a tu palabra en las escrituras...

Abre por fin mis oídos, Señor, y muy especialmente a tu palabra presente en mis hermanos para mí. Tú me hablas a través de ellos, de su presencia, de sus necesidades, de sus sufrimientos y sus gozos. Que escuche yo ahora por mi parte el concierto humano de mi propia raza a mi alrededor, las notas que me agradan y las que me desagradan, las melodías en contraste, los acordes valientes, el contrapunto exacto. Que me llegue cada una de las voces, que no me pierda ni uno de los acentos. Es tu voz, Señor. Quiero estar a tono con la armonía global de la historia y la sociedad, unirme a ella y dejar que mi vida también suene en el conjunto en acorde perfecto.

Abre mis oídos, Señor. Gracia de gracias en un mundo de sonidos.

Carlos G. Vallés. S.I.